



Gestas increíbles en el marco del horror nazi en *El profesor de persa* (Vadim Perelman, Rusia, 2020)

Por Igor Barrenetxea Marañón

Aunque parece que sobre el tema del Holocausto ya esté todo dicho desde el cine de ficción, con las afamadas *La lista de Schindler* (1993), de Steven Spielberg, en su lado dramático, y *La vida es bella* (1998), de Roberto Benigni, en su lado más cómico, o ya en el monumental documental, *Shoah* (1985), de Claude Lanzmann, siempre hay espacio para un punto de vista más, porque la única manera de banalizar el mal es olvidarlo. En este caso, esta producción rusa nos acerca a un hecho

insólito, de los miles de episodios singulares que dio lugar el drama del exterminio judío.

Ambientada en un campo de trabajo en la Francia ocupada, retrata como el ingenio y la casualidad salvan la vida de Gilles (Nahuel Pérez Biscayart), un judío holandés que se hace pasar por persa. Un capitán de las SS, Klaus Koch (Lars Eidinger), tiene el afán por encontrar a un iraní entre los prisioneros para aprender su idioma. Su sueño es abrir un restaurante en Teherán, después de la guerra. Y justo Gilles es conducido en camión hacia el campo, con otros judíos. Pero a mitad de trayecto se detienen y les hacen bajar hacia lo que parece su muerte segura. Durante el viaje ha intercambiado con otro judío parte de un bocadillo por un hermoso libro escrito en farsi.

Milagrosamente se salva tras escuchar a dos soldados alemanes el casual comentario de que un oficial superior busca un persa. Les logra convencer de que lo es y es conducido a su presencia. Así es como salva su vida, de momento...

Este arranque tan inverosímil traza los elementos de una narración inspirada en hechos reales (o lo que es lo mismo, el guion se toma licencias



dramáticas), pero que es algo más allá de un caso curioso. Gilles, inteligente e ingenioso, logra convencer al capitán de que habla persa, aunque no sepa leerlo, por lo que quiere que le enseñe mientras cumple tareas más livianas en el campo, como asistente de cocina, en vez de trabajos forzados.

Sin embargo, la historia no se detiene tan solo en ahondar en la relación entre el despótico y puntilloso oficial, antiguo cocinero, que tiene a todos sus subordinados bien firmes, sino en aspectos de la vida emocional de los propios carceleros de las SS. Desvela como no dejan de ser sino personas corrientes, y no una raza superior, con sus debilidades y resentimientos. Igual que Spielberg tuvo la habilidad de darle un gran protagonismo al cruel nazi Amon Goeth (un tremendo Ralph

Fiennes) para entender ese lado oscuro del mal, aquí, se nos presentan, aparte de Koch, otros como el soldado de las SS Max (Jonas Nay) que ha detenido a Gilles, pero que desconfía de él y piensa, con razón, que es un impostor, o la administrativa Elsa (Leonie Benesch).

Max es un ligón que flirtea con varias de las administrativas del campo, entre ellas Elsa, y que se obsesiona con acabar con la vida de Gilles. Elsa, por su parte, es la amante rechazada del coronel, jefe del campo, y encarna a esas mujeres que también participaron en el horror, y que rara vez aparecen representadas en la pantalla. Y aunque hay que reconocer que algunos momentos no resultan del todo verosímiles, una inmensa fotografía y una cuidada banda sonora cumplen su propósito armonizador, y permiten que

el filme discorra con una intensidad suficiente para que el espectador se embulla en los diversos episodios que llevan a que el ingenio de Gilles salga a relucir en su afán de supervivencia. Porque en este cruel y despiadado

fácil, pero después ¿cómo recordar cientos de palabras inventadas sobre la marcha? Finalmente, gracias a una estrategia nemotécnica (utilizará los nombres y apellidos de los presos que él transcribe en el libro de registro del



mundo, Perelman utiliza con agudeza esas bazas tan adecuadas del cine para regular los momentos de humor, gravedad y tensión dramática, que pierden algo de valor en el doblaje, pero que se dejan sentir y apreciar en cada fotograma.

Así, Gilles se las tiene que ingeniar para proporcionar al oficial cada día varias palabras en presunto farsi para que él pueda ir las aprendiendo. Pero Gilles no sabe farsi y debe inventarse un idioma *ex novo*. Al principio, le resultará

campo) logra su propósito... Aunque eso no evita un pequeño descuido que estará a punto de hacerle perder la vida. *El profesor de persa* discurre por ese marco de la anécdota convertida en hecho increíble, ya que Gilles logra mantener su engaño durante meses, no sin pasar ciertas vicisitudes, pero que ahondan en este universo tan irreal y pavoroso como fue el mundo carcelario nazi.



Y, con todo, los propios personajes van evolucionando de un modo insólito porque a medida que Gilles va ganándose la confianza de Koch, quien le pide que le llame hasta por su nombre de pila, él mismo empieza a ver la realidad con otros ojos. Y mientras este oficial nazi tan exageradamente pulcro y meticuloso, tan atroz, para sus subordinados, se ablanda, salvándole la vida repetidamente, y confesándole su más íntimo secreto del porqué de su aspiración de acabar en Irán, Gilles se hace un hombre más fuerte u valiente.

La química entre los dos personajes es fascinante. De hecho, en la parte final, Gilles, tan acobardado al principio, es capaz de mirar al capitán a

los ojos y reprocharle que es un criminal, cuando intercambia su vida por otro prisionero italiano.

No hay duda de que *El profesor de persa* se halla a un renglón artístico más bajo de las realizaciones antes señaladas, pero aporta aspectos de interés, donde su director es capaz de darle una suficiente consistencia para que sus fotogramas toquen unos adecuados acordes en los que se tañen bien las emociones humanas, en donde se vea el Holocausto, no como algo fuera de toda lógica y razón, sino al revés, desde su lado más humano, dirigido por seres corrientes llenos de complejos que cometieron actos atroces al ostentar un poder arbitrario sobre la vida y la muerte.

El cierre es soberbio y alegórico, cuando Gilles es capaz de recordar los nombres de más de dos mil ochocientos prisioneros muertos, borrados de la historia, pues a ellos les debe la vida y los honra con su memoria.



T. O. Persischstunden (Persian Lessons). 2020, Rusia. Coproducción Rusia-Alemania-Bielorrusia. Productora: Hype Film, ONE TWO Films, LM Media, Belarusfilm. Dirección: Vadim Perelman. Guion: Ilya Tsofin. Novela: Wolfgang Kohlhaase. Música: Evgueni Galperine y Sacha Galperine. Fotografía: Vladislav Opeyants. Intérpretes: Nahuel Pérez Biscayart, Lars Eidinger, Leonie Benesch, Jonas Nay, David Schütter, Luisa-Céline Gaffron, Alexander Beyer, Giuseppe Schillaci, Peter Beck y Andreas Hofer. Duración: 127 min. Premios (2020): Festival de Sevilla Gran Premio del Público y Festival de Valladolid-Seminici Mejor montaje.